

## **SOBRE MARTÍN LUTERO, LA REFORMA PROTESTANTE Y EL CHILE QUE NOS TOCA VIVIR.**

### **1.- A MODO DE INTRODUCCIÓN.**

Detengámonos por un instante en el hombre detrás de las ideas.

Fijemos nuestra atención en la persona de carne y hueso llamada Martín Lutero antes de entrar a analizar el movimiento al que dio origen y de las muchas reacciones que esto trajo consigo.

Así las cosas, ¿a quién tenemos al frente?

Pues bien, a un hombre que nació en Eisleben; que dejó la abogacía para servir como monje en Erfurt; que dictó cátedra en Wittenberg como doctor en teología; que clavó sus tesis en las puertas de un castillo; que quemó la bula papal que pretendía excomulgarlo; que se opuso a la abdicación de sus ideas aunque se lo pedía la Iglesia y el imperio; que tradujo las Escrituras mientras permaneció fugitivo; que se casó con una religiosa, no obstante el juramento de celibato que una vez le ofreció a su Dios; y quien después de mucho ir y venir regresó para morir a su aldea natal.

Considerando este *curriculum* advierto de inmediato que existen -al igual como sucede casi con cualquier personaje de la llamada “historia universal”- ciertas formas erróneas de interpretarlo, sobre todo si en el fondo lo que queremos es llegar a conocer a la persona que lo escribió.

De entrada sugiero que existen dos vías equivocadas para introducirnos a la mente y corazón de Martín Lutero. Pienso que estos dos errores –bastante comunes por lo demás- son la sacralización de su vida o bien, en el otro extremo, su ignorancia total.

Así, habrá quienes yerren por cuanto siempre querrán ver a Lutero como el portavoz sin mácula de una revelación divina absoluta; pero también habrá de aquellos que -desde otro ángulo igualmente viciado- se empeñarán por sacarlo de la historia de la iglesia y pensar que ésta puede leerse sin los capítulos que dicen relación con la vida y obra de este monje alemán.

Veamos una y otra opción.

El error de la sacralización de la persona de Lutero pasa por acrecentar tanto su figura, obra e influencia que al resto de los mortales no nos queda más que sentirnos aplastados ante tamaño peso de gloria.

Ese tipo de lectura no despierta deseos de imitación, sino un temor que paraliza al punto de decir: “aléjate de mi que soy un pecador”. No creo que esa sea la mejor vía de acceso hacia una personalidad multifacética y fascinante como la de Lutero.

Pero como ya dije, igualmente cuestionable es optar por ignorarlo. Esta falacia se basa en la desacreditación rotunda del mensajero al punto de concluir que, en consecuencia, el mensaje que porta es también de dudosa calidad en cuanto a su contenido.

Esta vez el truco consiste en bajarle el perfil, “chaquetearlo”, desconocerle todo mérito en la renovación de la fe y, por el contrario, achacarle solo los errores y posteriores excesos en los que cayeron a corto andar algunos reformadores de la fe. Aquí se hallarían, por ejemplo, aquellos que no le perdonan a Lutero el hecho de no haber optado por una desafiliación radical e inmediata de entre las filas de la iglesia católica romana o quienes pongan de su cargo los sangrientos resultados la denominada “Guerra de los campesinos” de 1525.

Este ensayo pretende discurrir sobre una premisa diferente a las dos anteriores. Es una suerte de invitación a optar -deliberada y concientemente- por estudiar, criticar y redescubrir la persona e influencia de Lutero. Es elegir por acercarse a este monje para tratar de entenderlo en su contexto, leerlo como un personaje de su tiempo y, finalmente, aceptarlo con sus vicios y virtudes.

Las líneas que prosiguen se dividen en dos partes.

La primera pretende poner sobre la mesa algunos de los aportes que Lutero legó a favor de la cultura occidental (en general) y de la cosmovisión cristiana (en particular). En este sentido, me parece importante que a la hora de los recuerdos y los balances seamos justos y podamos sacar a relucir – a pesar de las distancias y los tiempos- cuestiones concretas tales como, por ejemplo, su pensamiento crítico hacia la autoridad; su capacidad literaria puesta al servicio de la traducción de las Escrituras; su consabida obsesión por la gracia divina; su empeño por adorar a Dios desde la rutina ordinaria de cada día; o el triunfo del amor en su vida por sobre las angustias que lo hacían temer el castigo.

La segunda parte de este ensayo consiste en desmenuzar cada uno de esos aportes, extrapolarlos al Chile que hoy nos toca vivir y -en definitiva- sugerir en qué sentido la iglesia protestante todavía está en deuda frente a ellos y, por lo mismo, lejos de adueñarse de la herencia luterana a la hora de hacer misión en medio de la sociedad de este país. En consecuencia, en esta segunda sección me ha parecido bien formular preguntas que nos lleven a cuestionar, entre otras materias, si acaso hoy somos una iglesia que razona y reflexiona o más bien una que reacciona y se emociona; si no habremos vuelto a distorsionar la sencillez del Evangelio en nuestro anhelo de sistematizar la fe, sobre todo al momento de compartirlo y comunicarlo a otros; si en verdad hemos comprendido que la fe tiene que ver con el hacer y con el creer; si somos concientes de que cualquier lugar –sin importar cual- es un escenario perfecto para adorar a Dios; y, en fin, si estamos dispuestos a salir fuera de nuestros templos para ser portadores de un mensaje que transforme la sociedad de la que somos parte.

## **2.- HERENCIAS DE LUTERO Y DE LA REFORMA PROTESTANTE**

### **2.1. Del medioevo a la modernidad.**

Parece que hoy existe un relativo consenso tanto en la historiografía como en la sociología en orden a señalar que la Reforma Protestante es uno de los hitos que marca la inauguración de la Edad Moderna.

Esto trae aparejado una serie de ideas secundarias de vital importancia entre las que se cuentan, a *grosso modo*, un profundo anhelo por mayores cuotas de libertades públicas; un cuestionamiento directo hacia las cúpulas del poder político y religioso; y, por sobre todo, la entrada en escena de una razón humana que no se dejaría callar ni someter sin más ante los dictados de la autoridad.

Se inaugura así una era donde se expanden las fronteras conocidas y se pone en jaque a quienes pretenden dirigir el destino de la comunidad. En fin, una era en la cual ni siquiera las llamas del infierno resultarán lo suficientemente intimidantes como para retener las ansias humanas de adentrarse en los nuevos aires de libertad de acción, pensamiento y expresión.

No es difícil traducir a la esfera religiosa este tipo rupturas y cuestionamientos hacia la lógica y tradición medievales. Basta con recordar a

Lutero sosteniendo ante sus propias autoridades jerárquicas que mientras éstas no fueran capaces de desenmascarar sus supuestas herejías doctrinales haciendo uso de las Escrituras -y no únicamente invocando las tradiciones y opiniones de los ancianos- entonces él no se retractaría de la forma en la que había comenzado a entender la gracia, la fe y la cruz.

Así, las palabras de Lutero dichas ante el Emperador Carlos V -en la llamada "Dieta de Worms" de 1521- todavía retumban con fuerza: "Si no se me convence mediante testimonios de la Escritura y claros argumentos de la razón -porque no le creo ni al Papa ni a los Concilios ya que está demostrado que a menudo han errado, contradiciéndose a sí mismos-, por los textos de la Sagrada Escritura que he citado, estoy sometido a mi conciencia y ligado a la Palabra de Dios. Por eso no puedo ni quiero retractarme de nada, porque hacer algo en contra de la conciencia no es seguro ni saludable. ¡Dios me ayude, amén!"

Por otro lado, el cuestionamiento de la modernidad hacia las autoridades tradicionales que detentan el poder y asumen el rol de intermediarios de los misterios divinos también se ve reflejado en la acción de ir -más bien, "volver"- a las fuentes originales antes que dar crédito a sus interpretaciones posteriores.

Tal como los humanistas y los agentes del Renacimiento decidieron volver su mirada hacia la cultura grecorromana, pues así también Lutero se dio a la tarea de lidiar con las lenguas originales en las que fueron gestadas las Escrituras para recuperar algo de los matices y sentidos perdidos de esas palabras que de traducción en traducción fueron quedándose en el camino.

La fe de Lutero -y la fe del creyente moderno en general- es un tipo de fe que no endiosa ni censura la razón, pero que sí la reivindica y se vale de la ella para criticar, pensar e informarse constantemente.

Casi a modo de síntesis podemos decir que, en función de Lutero, amar a Dios implica también aprender a pensar. Su fe no es la fe que enceguece; por el contrario, es un tipo de fe capaz de evaluar la credibilidad de la fuente; de analizar argumentos; de declarar una opinión o afirmar una postura de manera justificada; en fin, una fe capaz de tomar decisiones y de ser consecuente con ellas.

Para Lutero una iglesia que reflexiona teológicamente no sataniza la duda ni censura las preguntas. Además, -¡ironías de la historia!-, los que dudan a menudo se parecen a varios notables personajes de las Escrituras: Jacob peleó con Dios; Jonás le regañó; Habacuc se quejó; y Job lo interrogó. Pero lo más hermoso de todo, es que el Dios de la Biblia los siguió amando y los capacitó para servir con excelencia en distintas tareas.

## **2.2. Del lenguaje sacro a la lengua profana.**

Cuenta la historia que mientras Lutero estuvo refugiado en el Castillo de Wartburg concentró buena parte de su tiempo y energías en lograr una traducción del Nuevo Testamento desde el texto griego -compilado anteriormente por Erasmo de Róterdam- hacia el alemán vivo y popular de sus días.

Su trabajo como intérprete y traductor fue rápido y prolífero. Hacia el año 1521 ofrecía su traducción del Nuevo Pacto, y hacia el 1534 la Biblia entera. Así, el sentido y alcance de la ley, los profetas, los salmos, los evangelios y las epístolas apostólicas dejarían de ser un patrimonio exclusivo de unos pocos profesionales de la religión. Con Lutero ahora el pueblo también podría disfrutar del Libro de Dios en un lenguaje vivo y asequible. Para él, la Biblia era el texto que debía "llenar las manos, lenguas, ojos, oídos y corazones de todos los hombres. La Biblia sin comentarios es el sol que por sí solo da luz..."

El trabajo de Lutero como traductor simboliza la bella armonía que existe entre un corazón pastoral -siempre compasivo hacia el que menos entiende- con aquella mente aguda de profesor universitario -entrenada para no tragarse las falacias lógicas ni los saltos de argumentación- por haber sido capaz de regalarle a su generación como resultado concreto de sus luchas exegéticas y hermenéuticas un texto que invita y cautiva en vez de uno que espanta y oprime.

En efecto, "algunas veces -decía Lutero- nos ha sucedido que durante quince días, y aun tres o cuatro semanas, hemos buscado una sola palabra, e inquirido su verdadero sentido, y tal vez no lo hemos encontrado. Como ahora está en alemán y en lengua fácil, cualquiera puede leer y entender la Biblia, y recorrer pronto con sus ojos tres o cuatro hojas, sin apercibirse de las piedras y tropiezos que antes había en el camino."

Otra cosa notable en el uso de la lengua vernácula o popular es que con esto se viene a demostrar que no existe tal cosa como un idioma sagrado ni otro profano. Al contrario, dado que la palabra de Dios es eterna e independiente de cualquier molde cultural ésta puede encarnarse en cualquier etnia, pueblo o nación y ser comprendida -al menos en sus partes básicas y elementales- por cualquier persona que de manera desinteresada se acerque al texto bíblico.

### **2.3. Del mérito humano a la gracia divina.**

Quizás sin temor a equivocarnos podemos afirmar que el impacto de mayor envergadura de Lutero se centra en el cambio de paradigma en cuanto a la salvación o condenación humanas frente a la justicia de Dios. Las noventa y cinco tesis clavadas el 31 de octubre de 1517 en la puerta de la Catedral de Wittenberg siguen siendo una parada obligatoria en la ruta hacia la renovación y revisión constante de la fe cristiana.

Lutero fue testigo presencial de una época donde el hacer pesaba tanto -y aun más- que el solo acto de creer. Los suyos fueron tiempos cuando de pronto parecía que conseguir el perdón de Dios para los pecados cometidos no era algo tan sencillo como arrepentirse y confesarlos: eso debía venir aparejado del cumplimiento estricto de alguna penitencia y del regateo espiritual por conseguir alguna carta de absolución.

Lutero se rebela precisamente contra esta particular forma de comprender la redención divina. Su discurso es la negación directa de las prácticas y costumbres de personas como el obispo Alberto de Brandeburgo y el fraile dominico Johann Tetzel, quienes -en una versión casi chabacana de los excesos de aquellos días- liberaban las almas del purgatorio traficando con la compraventa de indulgencias.

Con todo, la rebelión de Lutero no fue por medio del descubrimiento teórico de alguna enseñanza jamás oída ni por la movilización práctica de un grupo de monjes disidentes en contra de los jefes de la Iglesia: fue lisa y llanamente un regreso a las Escrituras, a las mismas Escrituras de siempre.

Insisto: el escándalo de Lutero fue provocar un retorno a una lectura profunda y desinteresada de la Carta de Pablo a los Romanos. Su genialidad consistió en desempolvar al antiguo profeta Habacuc para que éste volviera a gritar con fuerza: “el justo vivirá por su fe”.

En este sentido el acierto de Lutero es doble: por un lado regresa a beber en las fuentes originales, pero al mismo tiempo -cuestión no menor- realiza la lectura de un texto antiguo con miras a transformar su tiempo presente.

En otras palabras: con Lutero la Biblia vuelve al centro de la reflexión teológica y del quehacer eclesiástico, y lo hace para denunciar con firmeza y claridad que el amor de Dios no tiene precio, que la gracia de Cristo no se compra, que el ser humano está perdido en su pecado y que ante todo esto solo tenemos una alternativa: declarar nuestra bancarrota espiritual y hacer nuestra la muerte y resurrección de Jesús.

#### **2.4. Del altar del templo a la plaza del pueblo.**

Estrechamente vinculado al hecho que las Escrituras volvieron a correr por las calles del pueblo -dejando así de ser un tema de exclusiva lectura y discusión al interior de los templos y academias- vino también un nuevo enfoque que revistió de dignidad los oficios, profesiones y labores en los que el “vulgo” se ganaba la vida.

De la misma manera como no existirían idiomas santos ni profanos, pues así tampoco el sacerdocio y la tarea pastoral serían las únicas vías legítimas para canalizar los deseos de servir a Dios y de adorarlo. En efecto, si de darle la gloria al Señor se trata -nos recordará Lutero- entonces podemos hacerlo pelando verduras o bien ordeñando la leche de las vacas.

Desde esta perspectiva, la primera vocación de todo cristiano ya no tiene que ver tanto con su trabajo u oficio como más bien con aprender a ser fiel y amante de Jesucristo, y hacerlo comenzando precisamente desde el lugar donde se está.

Carpinteros, cocineros, zapateros, nodrizas y maestras de escuela tuvieron la oportunidad de reconsiderar seriamente que sus actividades, profesiones y oficios también habían sido afectados por la obra redentora de Aquel que todo lo torna en bendición. Por ende, ahora podían perseverar y perfeccionarse en sus trabajos toda vez que estos pasaban a constituir genuinas acciones de gracias hacia Dios y oportunidades concretas para servir al prójimo.

Este enfoque fresco y dinámico para abordar el mundo laboral – valorándolo y mejorándolo- fue una poderosa semilla que se sembró en los

tiempos de Lutero en pro de una conciencia social que también se hiciera cargo, entre otras cosas, de las condiciones en que las personas ejecutaban sus trabajos, los abusos en los que de pronto incurrían los empleadores, la explotación de servidumbres humanas y el tema de los castigos arbitrarios. Es evidente que en la forma luterana de ver el trabajo y de vivir la vida ya existe un germen de justicia social que con el tiempo iría madurando.

Considerando este particular tipo de hambre y sed por la justicia y el derecho, no resulta del todo extraño tratar de comprender porqué fueron precisamente algunos de los seguidores de Lutero (como Thomas Münzer por ejemplo) los que -radicalizando las posturas de su maestro y pretendiendo a ultranza llevar las premisas de justicia social hasta sus últimas consecuencias- dieron fuerza y vida a la batalla fratricida denominada “Guerra del Campesinado”.

Si bien el mismo Lutero repudiaría más tarde la violencia utilizada por los campesinos (“hordas ladronas y asesinas”, en sus propias palabras) para tratar de conseguir condiciones económicas más justas, no debemos perder de vista una cuestión capital en su forma de entender el Evangelio de Jesús, a saber: que el Hijo de Dios está llamado a ejercer su señorío e influencia en todo ámbito de la realidad humana, incluyendo por supuesto la esfera laboral.

## **2.5. De la separación a la proximidad.**

Luego de haberse distanciado del papado, de ser tratado como un hereje y de haber recibido una bula de excomunión (“Exurge Domine”), Martín Lutero comprobó que en último término las relaciones que verdaderamente importan son aquellas que vinculan directamente al ser humano con su Dios.

Aunque entre uno y otro extremo de esta relación (hombre-Dios) existen dos seres incomparables en términos de justicia, pureza y caridad, con todo, Lutero anuncia con fuerza la buena noticia de que existe una forma de acortar las distancias y de aproximar a quienes por esencia no son iguales. Se convierte en un pregonero de buenas nuevas que ya no vive atemorizado por el castigo que vendrá sino que más bien vive confiado porque se siente amado.

En la teología de Lutero renace con fuerza la figura de Jesús el Cristo como el único intermediario legítimo entre Dios y los mortales. Su persona y su obra serían suficientes para llevar al hombre y la mujer hacia un encuentro con Su Padre.

Tal suficiencia y plenitud de Cristo provocan una pregunta que ya no se puede silenciar más: ¿Es posible llegar a Dios sin antes pasar por Roma, sus Papas y sus Concilios?

La respuesta a esa pregunta viene a cuestionar la existencia de un alto número de funcionarios eclesiásticos, prácticas religiosas e instrumentos litúrgicos que hacían las veces de eslabones de una larga cadena destinada -supuestamente- a levantar a los humanos desde el suelo para llevarlos a la gloria celestial.

Por su parte, Lutero hace relucir con evidencia que solo bajando el Hijo de Dios desde el cielo mismo -en un acto de amor auténtico y gracia pura- ha sido posible que los mortales puedan cruzar la puerta de ingreso hacia la patria celestial. Solo Jesús tendría las cualidades suficientes y los títulos necesarios para ser un real sacerdote e intermediario entre Dios y la humanidad.

Dicho brevemente: el Dios de Lutero es el Dios que se acerca, toma la iniciativa y acorta las distancias, las mismas que el ser humano en su pecado nunca supo revertir.

### **3.- NUESTRAS DEUDAS PENDIENTES**

#### **3.1.- Atrevámonos a pensar.**

Habíamos anticipado que Lutero encarnó la fe del hombre moderno en tanto la suya era una fe que se permitió dudar, criticar y buscar constantemente repensarse a sí misma. En él, fe y razón no fueron agua y aceite ni un matrimonio condenado al divorcio perpetuo. Si bien la fe no puede ser explicada únicamente en función de la razón, con todo, la fe en el Dios de la Biblia no reniega de la razón.

Pues bien, veamos qué sucede con nosotros hoy. Si en verdad gustamos de llamarnos “hijos de la Reforma”, entonces seamos sinceros y preguntémonos si acaso nos hemos adueñado y potenciado de ese tipo de fe que no se desentienda de la razón.

Quizás hoy nos haría muy bien volver a recuperar la práctica del pensamiento crítico y razonado al interior de nuestras comunidades de fe. Dijimos que la fe protestante fue un factor relevante a la hora de diseñar la actitud y forma de entender la realidad del hombre moderno. Se luchó por conquistar el respeto y libertad para poder cuestionar a la autoridad, aun siendo

ésta el mismismo humano llamado a ser el representante de Dios en la tierra. (Mas, de inmediato: que no se entiendan estas páginas como gasolina para avivar una revolución torpe y sin sentido en contra de todo aquel que esté en eminencia. Pero que sí sirvan para recordarnos que amar a Dios con todo nuestro ser implica hacer uso de las facultades intelectuales que El nos dio. En Lutero sigue existiendo una invitación para atreverse a pensar, reflexionar, criticar y cuestionar).

¿Somos una iglesia pensante? ¿Somos cristianos que razonamos?

Hoy la sociología y la filosofía nos advierten que el pensamiento moderno ha entrado en crisis y que incluso en ciertos lugares del planeta ya está en franca retirada.

Aunque todavía no nos hemos puesto de acuerdo como llamaremos a estos nuevos tiempos, algunos ya sugieren la postmodernidad, otros la ultramodernidad, y los escépticos dicen que independiente de la nomenclatura que usemos el desencanto y frustración actuales son alarmantes.

Lo que sí es más o menos seguro es que con la retirada de la modernidad pareciera como que de pronto estamos abdicando de las bondades mínimas de la razón.

Trayendo esto a nuestros templos podemos constatar un auge –a veces un tanto exacerbado- del sentir por sobre el pensar. Así, por ejemplo, varias de las letras de las nuevas canciones que entonamos en nuestros cultos describen una realidad donde la persona humana anhela sentirse amada y tocada por Dios casi de la misma manera que un hombre y una mujer se expresan su afecto y pasión bailando una lenta cadencia a la luz de las velas en una noche que destila romanticismo a más no poder.

¿No será que nos hemos ido al otro extremo del péndulo?

En ocasiones me respondo que sí. Hemos recuperado el jubilo a costa de la moderación; hemos reivindicado la fiesta, pero renegamos del silencio; en fin, nos hemos obsesionado con tanto “grito de guerra”, “declaración de victoria” y “éxtasis espiritual” que nos hemos olvidado que los cristianos también sufrimos, perdemos los trabajos, nos enfermamos, nos morimos e incluso, cuando dicha muerte nos llega, ¡hasta tenemos derecho a llorar!

Hoy nos debatimos entre la fe razonada y la religiosidad que anhela ser sentida. Por mi parte me uno a la voz de quienes sugieren la necesidad de

volver a la centralidad de la Palabra por sobre aquellos actos litúrgicos que de manera exagerada buscan la manifestación sensorial de la presencia de Dios. Y, por favor, entiéndase bien: esto no implica ridiculizar el gozo y la alegría genuinos que provoca el Evangelio de Jesucristo cuando se encarna en la vida de una persona o en el alma de los pueblos.

Hagamos votos para que la fiesta evangélica no le quite seriedad a nuestra voz profética. Que nuestras prácticas litúrgicas -a veces cargadas de emocionalismo- no le resten credibilidad a nuestro deseo de ser agentes de transformación social. Y por último, que como iglesia chilena, no hagamos de nuestra adoración una experiencia escapista para eludir a la realidad de un país marcado por desigualdades brutales, repulsivas tanto para ley veterotestamentaria como para la gracia del nuevo pacto; de un continente donde todavía existen cristianos que pagan con su vida o libertad su compromiso formal y militante con la causa de Jesús; y de un mundo como el nuestro donde aun hay personas que sufren por causa de quienes en el nombre de Dios luchan por imponer políticas públicas e intereses económicos en perjuicio de la dignidad humana.

### **3.2. Desacralicemos nuestro lenguaje.**

Recordemos el brillante aporte de Lutero en materia de traducción de las Escrituras desde los así llamados idiomas “sacros” hacia otros denominados – despectivamente en su tiempo- “profanos”. En cierto sentido, Dios deja ser un misterio indescifrable y se convierte en tema de conversaciones cada vez más casuales y cotidianas entre los habitantes sencillos de las villas y aldeas alemanas.

Creo que hoy la pregunta para nosotros, dicho sin rodeos, es si acaso con nuestra forma de predicar, escribir y comunicarnos estamos acercando a Dios o alejándolo de la persona común.

¡Cuidado con nuestro vocabulario!

No se trata de ser quisquillosos y exagerados al punto del absurdo en cuanto a la forma que usamos y abusamos de las palabras. Pero pienso que sí debemos ser más cautos a la hora de hacer misión y más prudentes en la forma en la que intentamos comunicar a otros el mensaje del que supuestamente nuestro Señor nos ha hecho portadores.

¿Es la fe para unos pocos entendidos?

Pues sin duda alguna todos responderemos que no. Pero entonces, ¿por qué será que nuestra jerga evangélica puede llegar a constituir un conjunto de códigos que solo logran ser descifrados por quienes militan en nuestra corporación? ¿No hemos luchado a brazo partido por tener un espacio en los medios de comunicación, tales como la radio, la televisión y la prensa escrita? ¿Por qué será que ahora que contamos con nuestras propias emisoras, canales y editoriales nos percatamos que muchas veces nuestro mensaje no logra penetrar en los oídos del ciudadano común y corriente de nuestro país sino que mayoritariamente circula dentro de nuestras comunidades y organizaciones evangélicas?

Mi respuesta y sugerencia es sencilla: creo que estamos fallando en nuestro lenguaje y en la lectura de los tiempos que nos tocan vivir.

Si somos sinceros, varios de nuestros programas abundan en frases clichés, lugares comunes e ideas que solo buscan reforzar nuestro sentido de pertenencia, pero carecen de profundidad, profesionalismo y seriedad.

Vivimos días cuando tenemos un micrófono que nos conecta prácticamente a todo el mundo. Hoy el orbe es nuestro gran auditorio. Sin embargo me urge que muchas veces hacemos ruido o callamos porque no sabemos qué decir.

Y hacemos ruido cuando diluimos la claridad o “perspicuidad” de las Escrituras con ideas o palabras aun más oscuras que los mismos misterios que intentamos develar. Creo que confundimos a nuestros observadores cuando nos enfrascamos públicamente en discusiones semánticas sobre “visión celular”, “apóstoles y salmistas”, “jornadas de guerra, adoración y liberación”, entre otras.

Así las cosas no sería raro imaginar que si el eunuco de ayer se quejaba ante Felipe porque no había quien le ayudara a entender las Escrituras, el chileno de hoy bien podría decir lo mismo respecto de quienes -haciendo gala de una jergoncia espiritual- nos damos a la tarea de tratar de explicar las Buenas Nuevas de Jesucristo llenos de frases cliché y muletillas retóricas.

El hecho que Lutero tradujera las Escrituras para el hombre y la mujer de su generación nos invitan a pensar en cuestiones tan prácticas como las siguientes: En primer lugar, invirtamos el poco tiempo y nuestros siempre escasos recursos en decir lo esencial, lo básico, lo importante, y dejemos que

“la ropa sucia se lave en casa”, esto es: digámosle al mundo del amor y la justicia de Dios, pero a puertas cerradas -y entre nosotros- conversemos si la misión se hace por medio de “células”, “apostolados”, “encuentros”, “carismas” o “impactos evangelísticos”.

En segundo lugar, recuperemos el arte de comunicarnos con claridad y sencillez. Que nuestros oyentes no tengan necesidad de acudir a un traductor para comprender lo que intentamos decir. Bien sabemos que el Evangelio no es cuestión de palabras sino de poder, y asimismo que Dios se ha propuesto salvar al mundo por medio de la locura de la predicación. Pero que esto no de pie para justificar sermones y textos pobres en calidad y contenido, y mucho menos engañarnos con que lo importante es “predicar con locura”.

### **3.3. Volvamos a las buenas obras.**

Creo que es tiempo de redescubrir al apóstol Santiago.

Si ayer el mérito de Lutero fue desempolvar la Epístola de Pablo a Los Romanos para confrontar de esta manera el circo de la salvación por indulgencias, quizás el nuestro pase por fomentar hoy en día en medio de nuestras comunidades una cabal comprensión de que una real justificación por fe -al más puro estilo paulino- no es incompatible con la radicalidad y el énfasis en el “hacer buenas obras” tan propio de la Carta del Apóstol Santiago.

Carecería de sentido que por pretender ser leales a Lutero sigamos insistiendo que la Epístola de Santiago no es más que “pura paja”. La fe en el Jesús de Nazaret incluye tanto el hacer como el creer.

En este sentido Latinoamérica ha sido un gran aporte a la teología mundial a la hora de darle forma y contenido a la idea de misión integral. De hecho, la teología latinoamericana se ha empeñado en reforzar la necesidad de aterrizar el mensaje que predicamos y constantemente nos invita a desterrar de nuestro medio aquellas predicaciones que solo ofrecen a la humanidad que sufre un conjunto de promesas ultraterrenas y expectativas de ultra tumba.

Otra vez, en todo esto no hay novedad alguna.

No es más que volver a tomarse en serio los múltiples llamados de las Escrituras a mirar con amor y voluntad de servicio a la viuda, al huérfano y al extranjero. Constantemente somos interpelados por los profetas y apóstoles (de la Biblia) para encarnarnos en la realidad del otro, particularmente de aquellos que sufren.

Mientras sus necesidades más básicas en su calidad de seres humanos permanezcan insatisfechas, deberemos seguir haciendo misión. Mientras exista dolor, sufrimiento y opresión en nuestros pueblos y ciudades seguiremos siendo llamados a ser portadores de un evangelio que humanice y libere.

Nuestra evangelización no se agota en dar cuenta de todos aquellos versículos bíblicos que digan relación con la derrota de las huestes celestiales por la muerte de Cristo en la cruz o la redención de pecados cósmicos en abstracto, sino que también implica que en todo nos movamos con un espíritu de esperanza y de justicia que nos haga ser sensibles al dolor concreto del prójimo y nos motive a luchar junto a él por vivir en esta tierra algunos destellos o anticipos del Reino de Dios.

#### **3.4. Glorifiquemos a Dios en la rutina cotidiana.**

¿Vocación? ¿Trabajo? ¿Ministerio?

Quizás hoy debamos volver a insistir en la legimitidad de encarnar la vocación cristiana en medio de todas y cada una de las más diversas áreas de la experiencia humana.

Si consideramos la obra redentora de Jesucristo en su total magnitud y alcance, entonces no debiéramos dudar sobre las muchas puertas que gracias a ella se abren para sembrar la semilla del evangelio en cualquier rama de las ciencias, el arte, el deporte o la cultura en general.

Para la cristiandad protestante el hecho de profesar la fe en Jesús de Nazaret no es sinónimo directo del retiro hacia la soledad del monasterio, pues se parte de la base que dicha fe puede encarnarse en una multiplicidad de trabajos y oficios, aun de aquellos llamados -a veces despectivamente- "seculares".

En esta materia la lógica de Lutero sigue siendo tan sencilla como poderosa: sea donde sea, y se haga lo que se haga, si el trabajo se hace con amor para Dios y con la conciencia de servir al necesitado, éste no tan solo dignifica al que lo ejecuta, sino que además se transforma en un acto de adoración concreta.

Así, por ejemplo, podemos afirmar que mientras se escriba en la pizarra de una escuela, mientras se hagan rodar por la carretera las ruedas del camión, mientras se alegue ante las Cortes de la República, o mientras se intervenga un corazón humano en un complejo y sofisticado transplante, -en

fin: cualquiera que sea nuestra actividad-, todo lo que se está haciendo puede ser dedicado en gratitud al Señor del trabajo y del descanso, además de rogarle a El mismo que tenga a bien bendecir el fruto de nuestras manos.

Es tiempo de recuperar una cosmovisión cristiana que nos permita trabajar en nuestras profesiones u oficios con libertad y gratitud, sin tener que cargar en la conciencia con esa mala idea que debemos apurarnos por salir de la oficina, llegar temprano al templo para que, una vez allá, recién entonces podamos comenzar a servir al Señor.

¿Es que acaso hay algo de lo humano que no pueda ser redimido por nuestro Dios? ¿Existe un sector de la cultura donde el pecado abunde de tal modo que la gracia sea aplastada y no surta sus efectos? ¿Es tanta la depravación del cine que no nos atrevemos a sugerir uno alternativo? ¿Es tan sucia el área legal y judicial que los cristianos debemos mantenernos lejos de ella para que nuestra santidad no se evapore?

Sugiero que este tipo de preguntas debe obligarnos a ir más allá de una reflexión superficial, de modo que podamos capacitar a las nuevas generaciones -incluso en nuestros seminarios e institutos- para que ellas encuentren diversas formas de vivir su fe en el mundo más allá de nuestra consabida trilogía de “misiones”, “pastorado” y “educación cristiana”.

No se trata de soportar nuestros trabajos como “el mal necesario” para ganarnos la vida de alguna manera. Tampoco que veamos nuestros oficios como un pretexto para entrar al mundo laboral y, una vez dentro, podamos hablar a otros sobre nuestra fe.

Si bien esto último tiene mucho de verdad, con todo, creo que en el fondo esa idea es errónea porque en ella subyace una forma bastante estrecha de comprender el Evangelio, a saber: que las Buenas Nuevas poco y nada tienen que ver con hacer el bien y con servir desinteresadamente a todo aquel busque nuestra ayuda y nos contrate, sino solo con una formula sistematizada de algunos de los hechos de la vida de Jesús que debe ser transmitida de boca en boca por todo quien se considera su discípulo.

Por el contrario, una manera más integral de comprender tanto la evangelización de nuestro mundo como la misión de la iglesia nos invita a plantearnos con seriedad la necesidad de ser concientes de que siempre seremos testigos de Cristo, ya sea al expresarle verbalmente al otro que “Dios

lo ama” o bien al hacer por él -en silencio y a su favor- una genuina y sincera “buena obra”.

### **3.5. “Desprivaticemos” nuestra fe.**

Creo que a veces las buenas intenciones degeneran en resultados prácticos no muy nobles. Me refiero a los llamados “efectos colaterales” que en ocasiones suceden a los grandes movimientos sociales o cismas culturales. Y quizás en este sentido la Reforma Protestante no es una excepción.

Digo esto por cuanto gracias a ella hemos recuperado el texto bíblico para cada persona en particular y junto con eso la capacidad de interpretarlo de manera independiente de los dictados de cualquier autoridad, concilio o “superior jerárquico”.

Así también, la cosmovisión protestante vino a recordarnos que las puertas de entrada hacia el Reino de Dios ya están abiertas y a nosotros solo nos resta cruzarlas por fe y confiados en la gracia derramada por Jesús. De esta manera desaparecen radicalmente del escenario espiritual una serie de personajes, costumbres e instrumentos que antes hacían las veces de intermediarios entre Dios y los humanos.

Pero, entonces, ¿cuáles serán los “efectos colaterales” -no pensados ni deseados- que se siguen de estas importantes conquistas en pro de la libertad?

En primer lugar, sugiero que la libertad individual recuperada en la Reforma Protestante hoy nos ha dejado viviendo la fe en solitario. Dicho de modo brutal: si bien Reforma recuperó el texto para cada persona, creo que al mismo tiempo nos dejó sumidos en la soledad y el individualismo a la hora de leer y pensar la Biblia.

Quizás en parte esto se explique porque después de tanto renegar y cuestionar de las interpretaciones impuestas desde arriba hacia abajo hemos aprendido a desconfiar de todo aquello que nos huelga a lectura oficial o de consenso.

Pero tal vez en nuestro ánimo de buscar una solución para el autoritarismo espiritual nos hayamos ido al otro extremo. Por mi parte siento que en estos días, y luego de tanta interpretación privada, llega a echarse de menos aquella dimensión pública y colectiva de la fe.

Sugiero que en esta materia nuestro desafío pasa por recuperar el valor de la vida en comunidad.

Al respecto, las imágenes bíblicas abundan: Dios formando un pueblo; los profetas reprendiendo a las naciones; Jesús equipando a un grupo de discípulos; los apóstoles luchando por iglesias sanas y bien formadas; y –hacia el fin de los tiempos- una gran multitud de toda lengua, tribu y nación que adora al Dios soberano que reinará para siempre.

Por eso, no nos obsesionemos únicamente por ser como aquel Jacob que lucha en solitario durante la noche para obtener la bendición de su Señor ni como el Moisés que se encuentra a solas con Dios cuando escucha su voz en la zarza del desierto. Más bien seamos justos, leamos el texto con los dos ojos y volvamos a comprender que ese mismo Jacob llegó a ser el padre de varias tribus y aquel Moisés el conductor de un pueblo, siendo dichas tribus y ese pueblo parte fundamental del proyecto de Dios para la humanidad.

Me atrevo a insistir en nuestra necesidad de volver a lectura, reflexión y celebración comunitaria de la Biblia. Estoy convencido que nos hace falta volver al sentido de cuerpo, a la fe gregaria, al pueblo que avanza junto por el desierto siguiendo la nube o la tropa de discípulos que sigue al Maestro de Galilea. Ojalá que no tardemos mucho tiempo más para darnos cuenta que nos necesitamos unos a otros. Necesitamos reconocer en el otro no tan solo su dignidad de persona, sino saber que ese otro también es una pieza esencial para avanzar hacia el conocimiento de Dios.

Por eso quien reflexiona teológicamente amplía su agenda de contactos: no se queda solo, sino que reconoce y valora la existencia de distintos acentos, colores y énfasis en la búsqueda de Dios. Quien reflexiona teológicamente sabe que no cualquier respuesta es válida, pero bien vale la pena hacer el esfuerzo por reconocer que hay más de una manera legítima de hacer bien las mismas cosas.

El filósofo judío Miguel Orellana explica que las preguntas sobre todo aquello que en último término es propio de lo humano, no son como aquellas preguntas formales o empíricas para las cuales solo existe una única respuesta correcta. Más bien, las preguntas humanas -aquellos cuestionamientos más profundos sobre el origen, el sentido, la moralidad y el destino- deben ser

analizados críticamente a la luz de un “rango abierto, pero acotado, de respuestas igualmente legítimas”. ¡Por eso nos necesitamos!

En segundo lugar, otro efecto colateral no deseado por la Reforma Protestante, es no darse cuenta que si la “salvación personal” y la “interpretación privada de las Escrituras” no son bien comprendidas también pueden constituir una trampa muy sutil que nos lleve a entender y vivir la fe desde una perspectiva puramente privada, ignorando que ella tiene una fuerte vocación pública.

Debemos cuidarnos de no reducir nuestra fe y espiritualidad solamente al ámbito de lo privado, personal e intransferible. Si lo hacemos podemos perder la oportunidad histórica de ser un aporte concreto a nuestra sociedad en el campo de la cultura, del arte, de la economía o de la ciencia en general.

Así como nuestra fe no es para vivirla en solitario sino más bien en comunidad, así tampoco la iglesia vive para sí dentro de los templos sino que vive para servir a su propia generación por amor al Dios misionero que a eso la impulsa.

La cosmovisión cristiana no queda reducida al ámbito estrictamente personal -al fuero interno de cada sujeto-, sino que también tiene mucho que ver con ser una voz profética y de denuncia para cada generación que nos toque vivir.

Tal vez por mucho tiempo nos hemos enfrascado en la búsqueda de paladines y referentes capaces de compartirnos sus experiencias ultrasensoriales y metafísicas ante la presencia de Dios. Por mi parte sugiero que sin dejar aquella búsqueda sincera por el poder sobrenatural, también sería de enorme provecho y edificación para nuestras comunidades llegar a conocer y estudiar a personas cristianas con una clara vocación de servicio público y de justicia social.

Me refiero, entre muchos otros, a personas como Martín Luther King Jr. o Dietrich Bonhoffer, quienes por amor a su Dios se dieron a la tarea de luchar por una sociedad más justa donde la dignidad humana no dependiera del color de la piel ni de la voluntad del líder político del gobierno de turno.

A menos que como Iglesia nos hagamos los sordos, ciegos y mudos, estamos llamados a interpretar los tiempos que nos tocan vivir.

Esta reflexión sobre el contexto social, político, económico y cultural que rodea a la Iglesia debe ser hecha desde toda la Biblia y con el Espíritu de Jesús.

Una iglesia que invierte en la reflexión teológica contextualizada es una iglesia que mira a su alrededor no con indiferencia, sino que con un amor que la mueve a cambiar aquello que con ayuda de su Señor todavía se puede redimir, o bien, cuando ya nada se puede hacer para revertir la decadencia de una sociedad que dice ser capaz de vivir sin Dios, por lo menos tratar de ser una iglesia que -al igual que el justo Lot- proteste cada día en silencio afligiendo su alma porque sabe que otro mundo es posible.

Alguien ha dicho con mucha razón que la salud mental de la iglesia pasa por estar compuesta de cristianos bien formados e informados. Dicho de otro modo, es un muy buen ejercicio tener en una mano una Biblia y en la otra el periódico de noticias.

¿Y qué de hay de los tiempos que nos tocan vivir?

Veamos.

En el “Informe anual sobre derechos humanos 2005”, elaborado por la Universidad Diego Portales, se sostiene que todavía somos una sociedad incapaz de hacernos cargo -entre otras tareas pendientes- de las malas condiciones carcelarias donde miles de chilenas y chilenos cumplen sus penas por haber delinquido; incapaces de hablar con verdad y justicia respecto de las violaciones del pasado; incapaces de percibir y remediar la frágil y precaria condición en la que viven las mujeres que son víctimas de violencia intrafamiliar; e incapaces, en general, de apreciar la discriminación constante que enfrentan entre nosotros los pueblos indígenas, los inmigrantes, las personas con discapacidad y las minorías sexuales.

En el mismo sentido, si hacemos una rápida lectura del “Anuario de Chile 2005/2006”, elaborado por la Universidad de Chile, podemos seguir preguntándonos de qué manera la Iglesia de Jesús se desenvuelve frente a los interrogantes que preocupan a nuestro país. Así, la iglesia chilena está inserta en medio de una sociedad donde el desafío político pasa por saber si es viable “crecer con igualdad”; en lo económico, qué hacer luego del “gran año del cobre”; en lo social, cómo resolvemos el tema de la pedofilia; en materia de medioambiente, cómo proceder a una explotación legítima de los recursos

naturales; en cuanto a la educación, qué podemos hacer en temas tales como el (tan bullado) financiamiento de la educación superior o la calidad de la educación básica y secundaria; y en lo cultural, la televisión chilena todavía parece no saber cómo se conjugan el *rating* con la calidad del contenido.

Pues bien: creo que estos -y no otros- son los tiempos que el Señor dispuso para que seamos y hagamos Iglesia. ¡Ojalá nos demos cuenta muy pronto que nuestra misión es enorme y las manos son pocas!

Que el Señor nos ayude para que podamos ser agentes de perdón y reconciliación en medio de un país polarizado; personas inspiradas por Jesús para llevar una gota de esperanza a lugares ingratos; hombres y mujeres conocedores de las Escrituras y al mismo tiempo capacitados para participar en las instancias de discusión de ideas y políticas públicas; críticos de los medios de comunicación, pero persuasivos y amorosos a la hora de dar razón de nuestros valores a través del arte, el cine, el teatro o la literatura.

**Alonso de Quijada.**

**Octubre de 2006.**